



*Hoy día, en el país y en todo el mundo la amenaza de hambrunas sin precedente se ve alarmantemente cerca. No es que el hambre sea cosa nueva: las variaciones climáticas, las plagas, y los desarreglos políticos y sociales han privado a mucha gente de comida a lo largo de la historia. Pero la condición presente es excepcional en varios sentidos, y el componente de crecimiento demográfico es sólo uno de ellos: nunca antes se había producido tanta comida, en términos globales como per cápita; nunca antes se había tirado tanta; nunca antes se produjo con tal costo ecológico y tal consumo de agua y energía; nunca antes tuvimos de manera generalizada –como sucede hoy en México– los problemas simultáneos de desnutrición y obesidad por el abuso de comida chatarra.*

*Lo que tiene a tantos tan cerca de la inanición es la producción industrializada y global de alimentos, que se intensificó en las últimas décadas con el motor del lucro desmedido y la apertura comercial. Hace ya 22 años que Lappé y Collins publicaron el famoso libro El Hambre en el Mundo, doce mitos, y es hoy aun más vigente el mito central que desnudaba: no es que falte comida sino que los pobres no pueden comprarla.*

*El fenómeno del cambio climático mundial y el auge de los biocombustibles muy probablemente intensificarán el problema. Un modelo que margina campesinos, derrocha agua y energía, empobrece a la gente y proporciona alimentos de mala calidad o francamente peligrosos, no sólo es inviable sino inmoral. Debe ser desmantelado con el esfuerzo de todos.*

*La crisis revela que el modelo agropecuario neoliberal está en bancarrota. La alternativa se encuentra en una agricultura social y ambientalmente responsable.*

Alejandro Nadal

**D**e un tiempo para acá hay un tema recurrente en los medios: la llamada crisis alimentaria o, más correctamente, la crisis mundial de los precios de los alimentos, que pone en riesgo de hambruna a la mitad de la población del planeta y ya ha causado revueltas en varios lugares.

Se ha tratado de explicar la falta de alimentos por las sequías, el aumento de la demanda de India y China, la utilización de tierras para agrocombustibles, pero esta falta no es real: durante la segunda mitad del siglo XX la producción de cereales se triplicó, mientras la población mundial sólo se duplicó. La realidad es que la oferta es

**ARANDO LA MILPA TRADICIONAL EN SAN ANDRÉS HUAYAPAM, OAXACA**  
Contra lo que pregonan las transnacionales del agro y muchos políticos, hay multitud de estudios que avalan la eficiencia y la sustentabilidad de modos tradicionales de producir alimentos, como la milpa.

superior a la demanda. En 2007 la producción mundial de cereales tuvo un crecimiento de cuatro por ciento con respecto al año anterior, pero a pesar de ello los precios de los alimentos básicos, en especial los tres cultivos principales en el mundo –maíz, arroz y trigo– se han duplicado en los últimos 20 meses, lo mismo que los aceites comestibles, frutas y verduras.

Las razones profundas de la grave situación que estamos viviendo son las políticas neolibere-



rales que durante 30 años han debilitado metódicamente la capacidad productiva de millones de campesinos y productores independientes y convertido a los alimentos en una mercancía más, sujeta al afán de lucro y los juegos financieros; así como las directrices del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que sistemáticamente han promovido la destrucción de la producción agrícola local y la importación de alimentos en las naciones pobres. 70 por ciento

de los países del Tercer Mundo son ahora importadores netos de alimentos.

La apertura comercial permitió a los países ricos inundar los mercados de las naciones pobres con sus productos agrícolas, a precios muy bajos gracias a los fuertes subsidios de que disfrutaban. Abrió el mercado de tierras y permitió que se concentraran en pocas manos. Se retiró el apoyo de los gobiernos a los campesinos. Se abandonó el objetivo de la soberanía alimentaria y se impulsó la concentración del poder económico en una cuantas manos. Los productores locales fueron atacados por todos lados y los beneficiarios fueron las grandes corporaciones del agronegocio, que propician la especulación y la manipulación de inventarios y precios.

En México se abandonaron los incentivos para la producción de granos y oleaginosas y se dismantelaron las instituciones de fomento agropecuario: la banca, los centros de investigación y la Conasupo, que estabilizaba los precios y administraba los subsidios, y ahora se apoya a las transnacionales. Como un ejemplo, en años recientes el país ha perdido 80 por ciento de su capacidad para producir arroz.

No obstante, Eduardo Sojo, secretario de Economía, dijo en mayo que el país no está en riesgo de desabasto por la crisis alimentaria, que “la hemos librado muy bien” porque “los tratados de libre comercio nos permiten tener acceso a productos de 44 naciones del mundo”. No deja de ser curioso que vea como solución lo que en realidad es la causa del problema.

José Luis Calva y Emilio Romero, especialistas del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, opinaron que el gobierno tiene que definir estrategias para lograr la soberanía

alimentaria, ya que de lo contrario México podría enfrentar hambruna y desestabilización social. Enfatizaron que el gobierno federal debe considerar la alimentación como un asunto de seguridad nacional y entender que el esquema de adquirir alimentos baratos en el exterior ya fracasó y que es imprescindible fortalecer las bases de la producción campesina “que han sido marginadas durante el modelo neoliberal”.

Después de las tibias medidas anunciadas por Calderón, diputados federales declararon que la estrategia del gobierno para enfrentar la crisis alimentaria es solamente un paliativo. Héctor Padilla Gutiérrez, presidente de la Comisión de Agricultura, dijo que “no hay que echarle la culpa a los demás países”, ya que lo que importa es lo que hacemos internamente, y añadió que las medidas que se han tomado “le dan la vuelta al problema fundamental” y en ellas no hay nada dirigido a la reactivación productiva. El Consejo Nacional Agropecuario señaló también que el gobierno debe aplicar una política más agresiva de producción de alimentos, y la CNC y la Asociación Nacional de Empresas Comercializadoras de Productos del Campo advirtieron que si el gobierno insiste en su política de mercado abierto para el campo es muy posible que haya desabasto en algunos lugares del país a partir del segundo semestre de este año.

Sin embargo, los empresarios, quienes viven en otro México, opinan diferente. Lorenzo Servitje, dueño de Bimbo, dijo que la única solución para evitar una catástrofe alimentaria es elevar dramáticamente la producción del campo mediante redes que “eduquen a los campesinos”, porque “esto no es sólo técnica, se trata de enseñar a los agricultores que sean responsables y se organicen”. ¡Sin comentarios!

En una reunión internacional convocada por la FAO, el BM y el FMI para analizar las consecuencias del alza en el precio de los alimentos, los 193 países que integran la Agencia de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación se comprometieron a que en 2015 habrán reducido a la mitad el número de personas desnutridas en el mundo, que se calcula en 850 millones, y pidieron estudios que muestren que los biocombustibles no afectan la seguridad



alimentaria. Los representantes de Argentina, Venezuela, Cuba y Ecuador dijeron estar defraudados y que la declaración “carece de un diagnóstico objetivo” sobre las causas del hambre en el mundo. El representante de Cuba expresó que el texto final es el resultado “de la falta de voluntad política para promover una salida justa a la crisis alimentaria”. Argentina criticó que no se haya hecho referencia a los subsidios agrícolas de los países ricos y las distorsiones del

mercado de los países desarrollados. El ministro de Relaciones Exteriores de Italia, por último, calificó el texto de “decepcionante”.

Los defensores de la visión neoliberal dan la espalda al verdadero origen de la condición actual y recomiendan más de lo mismo: libre comercio, inversiones privadas, fertilizantes y, de modo insistente, abrir las fronteras a los transgénicos. Un artículo de *The Economist*, el semanario liberal británico, atribuye la crisis a “la pérdida de vigor de la revolución verde”. Afirma que el éxito de este programa hizo que disminuyera la investigación y la infraestructura. Por supuesto no menciona que la revolución verde implicó para los países del Tercer Mundo una gran dependencia tecnológica y económica, un excesivo gasto de agua, aparición de nuevas plagas, deterioro de los suelos y desaparición de técnicas locales, ni tampoco el negociazo que ha sido para las empresas comercializadoras de granos –encabezadas por Cargill– que con la venia del gobierno acapararon en México 60 por ciento de la cosecha de maíz otoño-invierno. Cargill, por sí sola, obtuvo durante los tres primeros meses de 2008 beneficios 86 por ciento mayores que durante el mismo periodo del año pasado.

Lo cierto es que ahora hay más hambre en el mundo de la que había hace unos años, al punto de que ya ha habido saqueos y robo de cereales en campos, bodegas y tiendas; caos, pillaje e incendios, pero la causa de esa hambre no es la falta de comida, sino que millones de personas no pueden comprarla. El monopolio de la industria alimentaria mundial hace que el hambre de muchos sea la riqueza de pocos y que la comida funcione como un instrumento



de presión imperial: los productos agrícolas son una de las principales mercancías de exportación de Estados Unidos.

Y si el volumen de la cosecha de granos en 2007 alcanzó un récord mundial, ¿cuáles son entonces las razones de que se hayan elevado los precios? Luis Hernández Navarro señala que dentro de la crisis general del modelo de producción agropecuario, altamente dependiente del petróleo –suben los precios, suben los costos de producción– y basado en la lógica de las ventajas comparativas y el libre comercio, el alza se debe a la confluencia de cinco factores: utilización de granos básicos para hacer agrocombustibles, incremento de los precios de los insumos, efectos del calentamiento global en la agricultura, cambios en el patrón de consumo alimentario y especulación en la bolsa de valores.

El problema no es –todavía– la falta de alimentos, sino que la población mundial consume directamente apenas la mitad de los granos que

se cosechan; el resto es alimento para vacas y coches. Ha aumentado el consumo de carne de res, pero para producir 1 kg. de carne en pie se necesitan 8 kg. de cereales. Por otro lado, no hay en el mundo suficiente tierra agrícola para producir simultáneamente granos para la alimentación humana y para “dar de comer” a los coches y, contrario a lo que se afirma, los transgénicos no pueden resolver esta crisis, más bien la agravarían.

La solución en realidad está en manos de 450 millones de pequeños productores a los que por todos los medios se ha tratado de expulsar de sus parcelas y que son quienes están en riesgo de hambruna. Tres cuartas partes de los pobres del mundo sobreviven de la agricultura y 95 por ciento de los campesinos viven en países pobres. También hay que impulsar políticas públicas que defiendan la soberanía alimentaria de las naciones. Hoy más que nunca la agricultura debe estar fuera de la OMC.

## EL AGUA EN LA AGRICULTURA

Pero la producción agropecuaria enfrenta además la creciente escasez de agua. Oficialmente la agricultura es la industria más sedienta del planeta; consume un asombroso 72 por ciento de toda el agua dulce del mundo, en momentos en que 80 por ciento del agua disponible está siendo sobreexplotada. Esto no ha sido siempre así. Tradicionalmente los cultivos se restringían a las áreas más adecuadas: en las regiones con poca humedad se cultivaban especies con tolerancia a la sequía y en las zonas húmedas las que requerían agua abundante. A lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, el comercio global condujo a la producción de granos en el mundo entero, sobre todo cultivos intensivos de cereales –principalmente trigo, maíz y arroz. Estos cereales *sedientos* representan ahora más de la mitad de las calorías basadas en plantas que se consumen en el mundo y 85 por ciento del total de la producción de granos.

Las modificaciones climáticas representan dificultades adicionales para la producción de alimentos, ya que las lluvias se están volviendo impredecibles y demasiado variables. En estas circunstancias se hace determinante el control y uso eficiente del agua, porque su disponibilidad determina el éxito o fracaso de un cultivo. La agricultura de temporal es la más directamente afectada por los patrones erráticos del clima, pero su dependencia de las lluvias puede aminorarse mediante la recolección y almacenamiento de agua, además de la agricultura orgánica.

Los cultivos orgánicos son una alternativa para los pequeños productores. El énfasis que ponen en la salud



de los suelos hace que se eviten muchos de los problemas propios de los sistemas intensivos, como la compactación, la erosión, la salinización y la degradación. Al aplicar abonos orgánicos y coberturas verdes se obtiene un proceso conocido como mineralización, que significa que los minerales se fijan al suelo. Esta materia orgánica mineralizada –ausente de los fertilizantes sintéticos– es uno de los ingredientes esenciales que se requieren para mantener el agua en los terrenos.

Otro tema básico en la producción agropecuaria es el riego. Parte del éxito de la revolución verde fue expandir notablemente la superficie de cultivos de riego, lo que implicó que durante la segunda mitad del siglo XX el consumo de agua se cuadruplicara debido al aumento en la extracción del líquido de ríos, lagos y mantos freáticos. En esos tiempos a nadie le importaba un uso eficiente del agua y se desperdiciaba escanda-

losamente. Actualmente se hace mucho énfasis en que si se mejora la distribución y eficiencia del riego puede solucionarse el problema que significa la escasez de agua para estos fines, sin embargo, el concepto de eficiencia debe precisarse, ya que algunos lo entienden como la capacidad de no permitir que se desperdicie ni una gota de agua y no hay que perder de vista que parte del agua que se “pierde” en la producción agrícola vuelve a estar disponible para usarse en las partes bajas de las cuencas y las “pérdidas” por infiltración profunda recargan los acuíferos con agua que puede utilizarse nuevamente.

La manera más efectiva de asegurar un ahorro real de agua es reducir las pérdidas por evaporación; esto se consigue con riego por goteo y riego por aspersión. También evitando que se evapore a la atmósfera el agua de depósitos abiertos o suelos húmedos, o que fluya o escu-

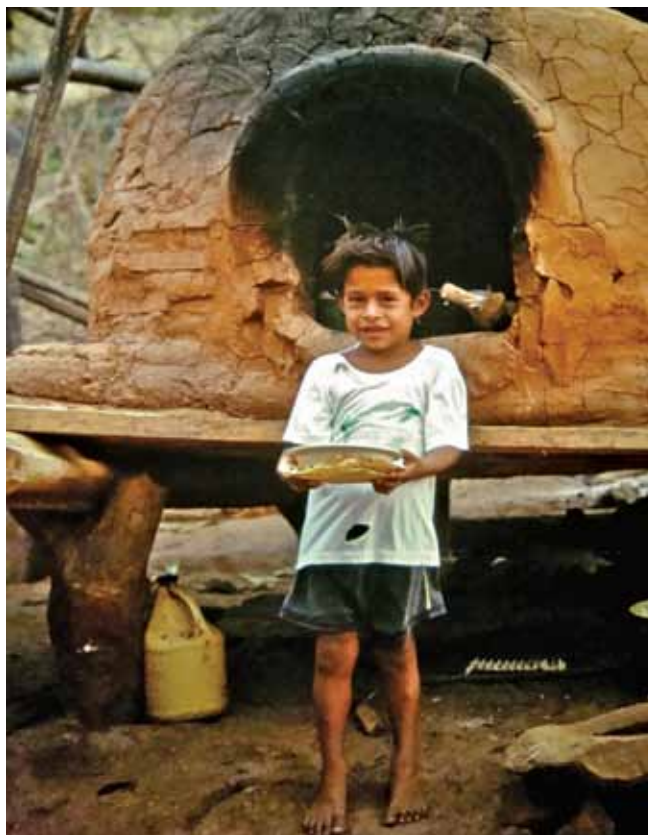


rra a suelos salinos o contaminados, desde donde ya no puede utilizarse.

Los campesinos que tienen pozos cuentan con mejores condiciones que quienes dependen del temporal o de los turnos de riego, pero esta opción entraña un alto riesgo: la sobreexplotación del agua subterránea, con el consiguiente descenso en sus niveles y el agotamiento de las reservas de agua potable. Este es un asunto en el que no hay que dejar de insistir, porque la extracción de agua subterránea no está suficientemente controlada y regulada. Aunque para que estos controles y reglas tengan la eficacia y equidad necesarias tendrían que funcionar a nivel local, al igual que la asignación del agua, el acceso a ella y los derechos de cada uno de los usuarios. Todos los actores involucrados deberían tener posibilidad de negociar esas normas.

El tema del agua para la alimentación incluye múltiples actores y aspectos, porque las decisiones que hay que tomar a menudo tienen un alcance mayor que la sola producción de alimentos. Cuando se ve al agua como recurso se le asigna un precio, y desde el punto de vista del mercado del agua la agricultura es un usuario de poco valor, lo cual pone en riesgo a la población rural y suburbana que depende de la agricultura para su subsistencia.

Sin duda es una prioridad lograr un uso sensato del agua en todos los ámbitos y producir más alimentos sin aumentar la presión sobre el ambiente. Las experiencias muestran que los proyectos de regeneración de cuencas que tienen como primeros destinatarios a los grupos más desfavorecidos y hacen énfasis en la subsistencia tienen más posibilidades de vincular la producción de alimentos y la eficiencia en el uso del agua. Las tecnologías de bajo costo tienen en estas circuns-



tancias un papel fundamental en el mejoramiento de las condiciones de vida de estos grupos.

El desafío para el futuro es no sólo hacer crecer la producción, sino hacerlo con menos agua y lograr al mismo tiempo equidad social y el mantenimiento de la capacidad de regeneración de la naturaleza y el ciclo del agua.

La reproducción de la vida depende directamente tanto del agua como de los alimentos, y el acceso a ambos no debe, de ningún modo, sujetarse a una relación mercantil. No olvidemos que la mayor debilidad de un país es depender de otros para alimentar a sus ciudadanos.

*Junio 2008*